

Lenguaje machista del BOLERO

TERESA PAMIES



La voz sollozante de Olga Guillot cantó «Voy», un bolero escrito en la línea machista más grosera.

Aunque no quisiera tú/ni quiera yo/ni quiera Dios/hasta la eternidad/te seguiré mi amor». El arzobispo tildó de blasfemo el bolero, amenazó al autor con la excomunión e incitó a sus ovejas a boicotearlo. Agustín Lara, desde su fragilidad física y anímica plantó cara al principio. La afición le animaba: «No te rajes, vate». Y el vate se rajó.

Toña la Negra fue la encargada de cantar la nueva versión: «Aunque no quisiera tú/ni quiera yo/ni quiso Dios». Los forofos del bolero, entre los que me contaba y me cuento, seguimos cantando sin censura, no por anticlericalismo, sino por entender que la modificación impuesta iba en detrimento del Amor, razón de ser del bolero. La mayoría de los mexicanos consideraron un abuso o una babosada, la intervención del prelado. Como diría Cantinflas, «fue ambas cosas»: una babosada y un abuso.

El bolero era una cosa muy seria

para todos nosotros. El género se extendió al Caribe y a otros lugares, pero tiene su origen —en lo que a letra se refiere— en lírica mexicana como la de Juana Ramírez de Asbaje, nacida el año 1648 en la alquería de Yacapistla, de padre vasco y madre criolla. La conocemos por sor Juana Inés de la Cruz y su proeza literaria es patrimonio de todos los pueblos de habla castellana. Releyéndola, descubro letras de bolero escritas cuando aún no existían los mariachis ni los Panchos para musicarlas, versos hechos de encargo (¿no lo son algunos boleros?) por damas de la administración colonial y aldeanos; damas enamoradas no correspondidas, celosas o desdenadas, engañadas o enceladas, desesperadas o ilusionadas. Para ellas escribía la monja jerónima letradas precursoras de las que triunfarían tres siglos después precisamente desde México, la tierra donde ella nació y en la que vivió hasta su muerte a la edad de cuarenta y siete años.

El amor ajeno

A diferencia de los místicos españoles, sor Juana Inés expresó mucho mejor el amor humano que el divino. Los estudiosos de su obra destacaron como motivos predominantes de su lírica amorosa: «el amor sin esperan-

zas, los sufrimientos de amor y el amor no correspondido». ¿No son éstos los temas del bolero?

Sor Juana Inés se inspiró en el amor ajeno y lo hizo, según los doctos, «mediante silogismos brillantes, conceptos contradictorios, paradojas, antítesis, retruécanos y otros recursos retóricos». ¿No hallamos algunos de esos elementos en los boleros escritos por Agustín Lara, Oswaldo Farré, Alfredo Gil, el doctor Roque Carballo, Chucho Navarro o Alvaro Carrillo?

Sin embargo, en la lírica amorosa de Juana Ramírez de Asbaje había algo que falta casi siempre en el bolero y que me atrevo a calificar de feminismo. El bolero, salvo pocas excepciones como Consuelo Velázquez («Bésame mucho»), Myrta Silva («Aunque se oponga el mundo») o María Grever («Júrame») es obra de hombres, hombres de países machistas que han hecho del machismo una virtud. Es verdad que algunos boleros pueden ser cantados indistintamente por «él» o por «ella», más expresan siempre la relación amorosa impuesta por los tópicos machistas. El hombre reclama placer y la mujer es requerida, coaccionada, obligada a concedérselo. El lenguaje utilizado puede ser lacrimoso, agresivo despedido o rastroso, pero inconcebible desde la sensibilidad femenina. De ahí que incluso los boleros escritos para la mujer resulten tan machistas como la famosa canción

francesa «C'est mon homme» hecha para la hembra ideal, para sublimar su papel pasivo y potenciar la hegemonía del macho en las relaciones sexuales.

«No me hagas eso»

Escuchaba el otro día un disco cubano con un bolero cantado por Miguelito Cuni que faltaba a mi colección. La melodía es romántica, para ser bailada suavemente, pero la letra es tosca, intimidadora y algo bestia. «No puede ser que tú me abandones! cuando más firme te necesito! acepto todas tus condiciones! pero no me niegues tu cariño! después de todo me perteneces! y a ti me aferro con tanto anhelo! que no me importa ni que murmuren! hágase tu voluntad! No me hagas eso! no me abandones» cantado no en tono de esclavo, sino de amo.

El mismo tema trató Jacques Brel en su inolvidable «Ne me quitte pas» donde el amante abandonado acepta también «todas las condiciones» que ella le imponga, incluso «convertirse en la sombra de tu perro», pero Jacques Brel, partía de otro contexto cultural, de un arte y tradición musical más añeja y refinada. Los boleros inspirados en el mismo tema desde el machismo hispano son primarios, despiertan o nutren sensibilidades menos formadas. Sin embargo, unos y otros, desde niveles distintos, prescinden de lo que ella sienta, de las razones que ella tenga para abandonarles, razones no negociables y por lo tanto no plantean condiciones. Cuando Brel suplica «no me dejes» promete «inventar» para ella «frases insensatas, caricias inéditas» con tal de retenerla. Dyno Rane, en su bolero «La nave del Olvido» implora: «Espera un poquito más! Me moriré si te vas! Espera, que me quedan alegrías para darte! tengo mil noches de amor que regalarte! cambio de quedarte! hasta admito que tu amor me mintieras! Me moriré si te vas». Se le exige a la mujer un amor que no siente. Pepe Guizar utiliza el mismo truco del «me moriré si te vas» para retener a la mujer que, sencillamente, no quiere vivir con él. «Sin tí no podré vivir jamás! Sin tí es inútil vivir» y Agustín Lara canta con su voz cavernosa: «No pensaste que has podido envenenarme! dejarme para siempre sin tu amor! Te suplico que regreses! aunque nunca más me beses! pero que ya no te me alejes! porque así me matarás». El hombre acepta incluso que ella no le bese. La cuestión es que le lave los calzoncillos y que tenga preparados los frijoles ¿no?

Es una constante del bolero exigir placer y compañía a la mujer obviando

sus sentimientos y apetencias sexuales. Se da por descontado que la hembra no siente tales apetencias, que ha nacido para dar placer al macho, ser poseída, aguantar mecha y cargar con el remordimiento de haber ocasionado la muerte, la tortura y la desdicha de un hombre de bien. Se la coacciona desde el deseo «irreprimible» del macho, partiendo de que la hembra puede reprimirse, o sea: jorobarse. Ya sor Juana Inés, y en léxico de bolero, advirtió a la mujer que no se dejase embaucar por tales «apasionados irreprimibles». «Huye la astuta caricia! que si, necia y confiada! te aseguras en lo amado! te hallarás después corrido! que en llegando a poseído! serás también desgraciada».

Basura y lodo

Cuando la súplica y el chantaje no surten efecto se recurre a la amenaza y al ultraje. Alfredo Gil lo expresa, no sin gracia, en su bolero «Basura». Y del insulto se pasa a la bravata en léxico de fiscal. «Tu no tienes perdón! sabías que te quería! y con alevosía! y premeditación! logras el máximo crimen: matar un corazón! Premeditación! alevosía! ventajalson tus agravantes! el jurado te acusa! pero qué coincidencia mira tú qué ironía! yo soy tu defensor».

Tenía razón Juana Ramírez de As-

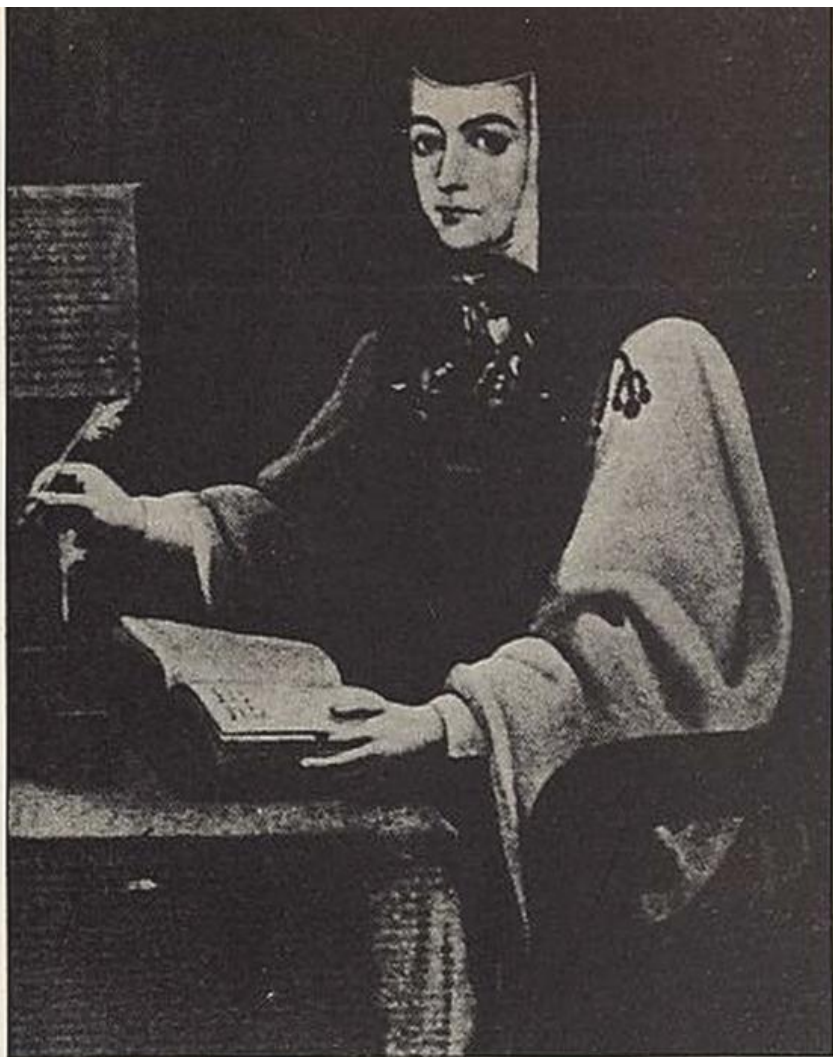
baje cuando increpaba a los varones en su famosa Redondilla: «Hombres necios que acusáis a la mujer sin razón! sin ver que sois la ocasión! de lo mismo que culpáis! Si con ansia sin igual! solicitáis su desdén! ¿por qué queréis que obren bien! si las incitáis al mal?»

En los boleros hallamos tales incoherencias. A la mujer se le canta: «Te suplico que regreses! aunque nunca más me beses» y por otro lado se condena y rechaza el fingimiento cuando Oswaldo Farrés hace cantar: «Aunque me digas que quieres! aunque me llames, mi vidalno, no, no! yo no te voy a creer». Sin embargo, Chucho Navarro está dispuesto a tragarse los embustes de la hembra para recuperarla. «Sin ti no tengo remedio! aunque me avergüenza rogarte! que calmes mi dolor! sin remedio! he venido a suplicarte! y a decirte que estoy loco! sin remedio! por tu amor». Y aquí tuerca Alfredo Gil para decir que «ya es tarde» y aunque «a tus plantas de rodillas imploro! y no insistas en reunir tu vida con la mía! ya es muy tarde si tratas de volver! resignate a perder». Y ella se lo pierde, la tontaina, ¿verdad?

El bolero machista no concibe que una mujer esté insatisfecha, que aspire a otra cosa que la seguridad material y los besos que le prodiga el hombre. «¿Qué más quieres», canta Chucho Navarro, «Si todo lo que



Lucho Gatica dio, además de su voz, una imagen para el bolero.



Sor Juana Inés de la Cruz escribió letrillas precursoras de las que triunfarían tres siglos después en todo el mundo, desde México.

«tienes todo lo que anhelaslo busco yo por tí». Al macho no se le ocurre que ella pueda anhelar, sencillamente, ser una persona, y esto no puede «buscárselo él».

En el bolero la mujer es verdugo, devoradora de hombres, torturadora, envenenadora, lastre y grillete. «Te siento cual la hiedra ligada a mí y así hasta la eternidad». Si la mujer se cansa de ser hiedra llega el escándalo, el dramón, la zurra y la puñalada.

También aparece en el bolero, de vez en cuando, el macho resignado a vivir del recuerdo de un amor, dispuesto, incluso, a que ella se largue si tal es su deseo, por aquello de que «la distancia es el olvido», aunque advirtiéndole a la discolor: «piensa que yo por ti estaré esperándola hasta que te decidas a volver» y «al cruzar otros mares de locura cuida que no naufrague tu vivir». Porque la idea de que la mujer «se perderá» si abandona al hombre que la posee, la desea o la necesita, es fija en el bolero. «Que no se te haga tarde y te encuentres en la calle perdida sin rumbo y en el lodo» (Alfredo Gil).

Sin embargo, el macho despechado se traga el orgullo con tal de no



Una de las mejores intérpretes del bolero fue Toña La Negra.

perder a la hembra por «enlodada» que esté. «Tu amor fue para mí un mundo extraño lleno de mentiras», pero pese a las mentiras «sólo espero que te vuelva a recoger como cualquier basura» y añade: «Yo también me confundí cuando te vi basura me volví» (Alfredo Gil). Por supuesto, fue la hembra la que contaminó al macho inocente, inexperto e indemne. La mujer es la perdición del hombre, dice el Evangelio.

También hay, en el bolero, el hombre que reconoce su culpa y se flagela a la hora de pedir perdón a la mujer que ha decidido dejarlo silbando en la loma. «Perdón, vida de mi vida perdón si es que te he faltado perdón carihito a madolangel a doradadame tu perdón» (Pedro Flores, «Perdón») cantado con la voz angelical de Machín. A este lenguaje empalagoso y falaz opondría yo el de Mari Trini que irrumpió en el género desde su condición de mujer de hoy. Afortunadamente, la raza de las pánfilas se está extinguiendo. «Yo no soy esalque tú te imaginas una señorita tranquila y sencillalque un día abandonas y siempre perdona Yo no soy esalque tú te creías la paloma blanca que te baila el agua No podrás presumir jamás de haber jugado con la verdad con el amor de los demás».

Las autoras de boleros

Federico Baena escribió para Olga Guillot, palabras de hombre para que las propague la hembra resignada, dominada, seducida, poseída, contenta con sus hematomas y sus cuernos. «No me importa que quieras a otro y a mí me desprecies Tú eres libre de amar en la vida y yo no te culpo soy sincera y sabré perdonarte lo quiero estorbarte», y todo esto acompañado de sollozos que salen del alma y del corazón lacerado, pero fiel como un perro.

En los boleros escritos por mujeres hay otro tono, otro léxico. Se reivindica el derecho al placer, al amor total, contra el «qué dirán», contra los condicionamientos de circunstancia, tiempo, lugar, estado civil, origen social. El «Bésame mucho», de Consuelo Velázquez ha recorrido el mundo por su calidad y universalidad. «Bésame mucho como si fuera esta noche la última vez», precursor del también espléndido «Relojino marques las horas haz esta noche perpetua». (Cantoral) Myrta Silva es una voz libre frente a esquemas morales alienantes para la mujer. «Qué sabe la gente de lo que tú sientes de lo que yo siento del amor tan grande que estamos viviendo Déjales que digan que es amor

triunfo 79

prohibido que es amor extraño, amor arrebatado que la monja mexicana evocaba con frases de bolero: *«que he querido en otro tiempo lo que pasó de locura lo que excedió de extremo»*. El derecho a una pasión extrema no puede ser privativo del hombre como sugiere el bolero. Una mujer tiene también derecho a perder la cabeza, el «amour fou», sin caer en «el lodo» ni convertirse en «basura». María Grever, en su delicioso bolero «*¡fúrame!*» sólo le pide al hombre sinceridad y en «*Cuando vuelva a tu lado*» expresa una vertiente del amor que sólo puede sentir la mujer aunque no sea consciente de ello.

La mujer, siempre culpable

Luis Demetrio prefiere inculpar a la mujer en la línea machista más grosera, con el agravante de que su bolero «*Voy*» fue escrito para la voz sollozante de Olga Guillot. «*Voy a mojarle los labios con agua bendita para lavar los besos que una vez me diéramos boca maldita! Voy a ponerme en los ojos un hierro candente! pues mil veces prefiero quedarme ciega! que volver a verte! Voy a tratar de olvidar»*.

Al hombre que se cree inolvidable e irresistible le dijo sor Juana Inés: «*Mientes en decir que me acuerdo de olvidarte! pues no hay en mi memoria alguna parte en que aun como olvidado, te presentes! Tan lejos estás de esta victoria que ese no acordarme no es olvidarte sino una negación de la memoria!*» porque hay hombres de esos llamados «irresistibles» que creen dejar huella eterna cuando «y en fin, eres tan malo y fementido que aun para aborrecido no eres bueno».

Tomás Méndez-Sosa utiliza el maldito ardid del «no me mates» para imponerle a la mujer una relación amorosa no deseada. «*Voy muriendo y tú, como si nada! me estás muriendo por tu culpa! me engañabas con tu labia traicionera! la puñalada que me diste fue trampa»*.

Ese tipo de lenguaje llega al delirio en las rancheras. «*Si hasta en mi propia casa coqueteabas! ¿qué será a mi espalda! y yo preso por ti. Unos guardias me han dicho que ya tú andas perdida*», y seguramente, en el «lodo», como canta Alfredo Gil.

Son ellas las pérfidas, las corruptoras, el veneno, la perdición de los hombres incitados al crimen por la coqueta ingrata. Y si no llega al crimen, a la borrachera. Siempre a causa de la hembra casquivana y fementida que se niega a dormir con un hombre que aborrece, que desprecia o le da asco. «*Tres días que no sé de ti! ¿Dónde*

estás? ¿con quién me engañas! Tres días que no sé qué es alimento! Sólo tomando me he podido consolar». (Tomás Méndez, «*Tres días*»)

Siempre es útil tener una excusa para empujar el codo y, en las canciones de borrachos, el pretexto suele ser la mujer. Al hombre del bolero o la ranchera «*Se me va en puro llorar! se me va en puro tomar»*. ¡Pobrecito! Y ella sin apiadarse, la desalmada.

Revival del bolero

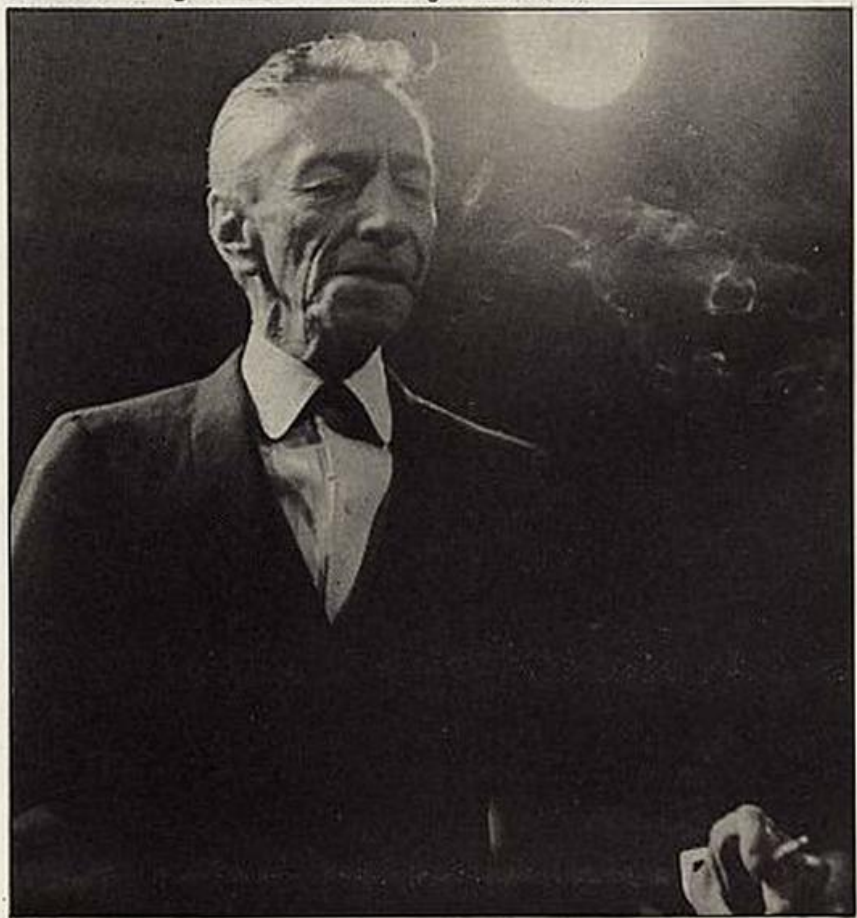
Pese a un léxico tan poco actual y cuando el género parecía olvidado y vencido por otro lenguaje más osado y racional, el bolero resurge y emblesa a los jóvenes de hoy. En Cataluña causa furor una orquesta llamada «*Frenesí*» (copiado del famoso bolero) en cuyo repertorio de bailables cantados figuran los grandes boleros de los cuarenta y cincuenta. El letrista Josep M.^a Andreu ha hecho una exquisita versión catalana de célebres boleros para la voz de Nuria Feliú, cuyo LP con doce boleros ha sido un éxito.

Y ocurre algo apasionante: nuestros hijos descubren la estética de sus padres, una estética de la que algunos sentíanse acomplejados creyendo que la nostalgia es una tara de la vejez. Furtivamente buscaban revivir emociones juveniles oyendo a Toña la Negra, a Machín, a la Guillot o a los fabulosos Panchos.

Ahora, poder escuchar aquellas melodías y frases en compañía de nuestros hijos es algo indefinible. No me pregunto si el fenómeno es regresivo o progre. ¿Qué más da? El hecho es que el fenómeno está ahí. Personalmente, me conmueve y estimula, al igual que las habaneras cantadas por diez mil voces, mayormente jóvenes, este verano en Calella.

Hubo un tiempo en que la izquierda juzgaba estas cosas desde «*posiciones de clase*». ¡Que majadería! Todavía se dan actitudes similares hablando de Julio Iglesias o de Manolo Escobar, negándoles lo que la mayoría del pueblo les concede, negándoselo desde presuntas ideologías revolucionarias, como se lo negaron

«*Es una constante del bolero exigir placer y compañía a la mujer, obviando sus sentimientos»*. Agustín Lara cantaba exigiendo ese amor.



en Cataluña a Joan Manuel Serrat en nombre de la «patria catalana».

¡Tonterías! La canción popular, entre la cual figura el bolero, es un componente vital y vitalizador de la cultura, lo que necesitan mucho más las capas humildes que no tuvieron acceso a la instrucción ni a los medios materiales que permiten disfrutar de expresiones artísticas más refinadas, monopolizadas y degradadas por los ricos. Todos los llamados géneros menores son desdeñados, sabotados y desvirtuados por los que Fernando Savater llama «cagatintas intelectual que quiere sentar plaza de sibarita» («EL PAÍS»).

En muchos grandes poetas castellanos encontramos sentimientos expresados en el léxico del bolero porque éste también tiene sus raíces en la prosa y la poesía lírica más elevadas. Incluso el «Romancero», del que bebiera sor Juana Inés de la Cruz, nos brinda ejemplos como el del «Romance de don Tristán de Leonis y de la reina Iseo» que «tanto amor se guardaron» en una relación adúltera apasionada. «Júntanse boca con boca, juntos quieren dar el alma». José Agustín Goytisolo, cuyo tierno poema a la hija adolescente fue musicado por Paco Ibáñez («Palabras para Julia») no ha escrito boleros y, sin embargo, podrían serlo estrofas como estas: «En horas miserables/entre la sombra amarga/te buscaba/En ciudades sin nombre/por rincones de ayer/¿busqué/ cuando el desaliento/ me pedía volver/te encontré». ¡Cosa fina, señores! Tal vez le ponga música alguno de los Panchos en activo con sus guitarras insuperables («A veces gran amor», J. A. Goytisolo).

Clara Janés, catalana poetisa en castellano, tiene versos desgarrados y patéticos que recuerdan los boleros tristes. «Toda la vida se pasa en un llanto/Toda la vida sin descanso». O el verso al checo Vladimír Holan, viejo y moribundo entre sus extraordinarios poemas. «No puedo dar alivio a tu dolor/ me arroja la rueda del insomnio» (Clara Janés, «Libro de alienaciones», «Antología personal»).

Yo recojo críticamente aspectos machistas del lenguaje del bolero sin cargarme el bolero. Lo hago desde mi entusiasmo por el género sin menoscabo de los llamados «superiores». Me interesa enormemente lo que lee, lo que baila, lo que canta y ve la inmensa mayoría, incluidos los folletines, novelas de ladrones y serenos, seriales radiofónicos, boleros, rancheras y tangos. Creo que cuando estos géneros llegan a la mayoría y permanecen algún valor tendrán más allá de lo coyuntural y de la promoción comercial.

Octubre 1981



Antonio Machín le dio un sabor muy personal al bolero.

Junto al «revival» de las viejas melodías aparecen jóvenes compositores y letristas de un lirismo distinto, aun arraigando en la tradición; ritmos renovados, pero no desgajados de los de mi juventud. Las multinacionales del disco se apropiaron de ellos, caso Julio Iglesias o Roberto Carlos. Los convierten en mercancía y como a tal los proyectan al mercado, pero harían un mal negocio si la «mercancía» no tuviera valía. Y la tiene.

En el curso de un reciente coloquio una muchacha admitió que las canciones y la interpretación de Julio Iglesias «me gusta horrores», pero lo ocultaba por temor a pasar por «facha».

Esto no ocurría cuando apareció el bolero en nuestras vidas de jóvenes militantes marxistas. El sectarismo y el cretinismo llegaron después, cuando el camarada Zdanov nos comió el coco con sus anatemas a todo lo que se hiciera, dijera, escribiera, cantase o tararease al margen de las directrices del partido infalible y sabelotodo. De haber prosperado esas tesis sólo habríamos podido cantar «La interna-

cional», «Los bateleros del Volga» y la canción georgiana «Sulikó» predilecta de Stalin. El bolero era decadente, el tango deprimente y el jazz, vía de infiltración de la ideología imperialista. Mas también en la URSS se acabaron esas paparruchas.

La gazmoñería y el dogmatismo de izquierdas suele ensañarse con los mismos demonios perseguidos por la derecha reaccionaria. En los años cuarenta y cincuenta en las radios españolas no podía cantarse el «Bésame mucho», sólo se autorizaba la versión musical. El bolero «Adelante», de Mario de Jesús estaba en la lista negra por su osada letrilla. Habría que esperar mucho para conocer el bolero «Soy lo prohibido», de R. Cantoral, en la voz de Olga Guillot. «Soy ese vicio de tu piel/ que ya no puedes desprender/ Soy esa noche de placer/ de la entrega sin papel/ Soy tu castigo/ Soy el pecado que te dio nueva ilusión en el amor/ Soy ese beso que se da sin que se pueda comentar/ Soy ese amor que negará/ para salvar tu dignidad/ Soy lo prohibido». O sea: es «LA OTRA», sólo que doña Concha Piquer lo decía con palabras más finas, en un tono de señora y no como esa cachonda cubana, con sus sollozos, jadeos y ronroneos de gata encelada.

El «peor» de todos, el más pecaminoso fue el de Lolita de la Colina, «Me muero, me muero» en el cual se desmelenaba la Guillot. «Por apaciguar mis ansias/ internamente muero/ por alborotar tu pelo negro entre mis sábanas calientes/ me muero/ por cabalgar viente con viente/ me muero». ¿Cómo iban a consentir tanto descaro los guardianes del pudor y el recato de la mujer española? Lo decente era Machín, con su voz apaciguadora de la sangre o «ansias internas», cantando «Angelitos negros», aunque fuese un requisito antirracista, o aquello de «Mira que eres linda/ que preciosas eres». O la lección de lealtad fraterna contenida en «Fiel amigo».

Ahora se recupera «lo prohibido»; se utiliza el lenguaje del bolero en novelas como la de Vergés, «Sólo cenizas hallarás» no para parodiar, sino como forma literaria válida para mostrar una sociedad impregnada de bolero hasta en los comportamientos. Joan Manuel Serrat dice que al escribir una canción «sólo encuentro un montón de palabras gastadas» (En tránsito), pero los jóvenes descubren que las del bolero son lozanas y auténticas pese a los tópicos machistas que yo he comentado con más cariño que indignación. ■ T. P.

Nota: Agradezco a Sofia Serra que tiene un chiringuito de venta de discos en la calle Conde del Asilo, de Barcelona, por los datos que me ha proporcionado.

triunfo 81